

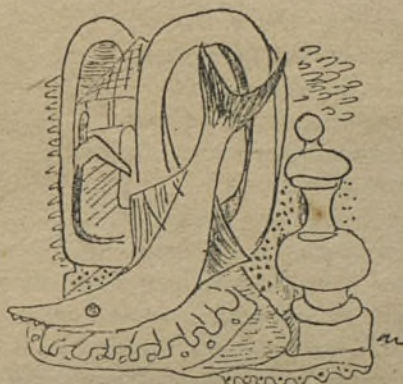
2/44151

NADIE PARECIA

DIRIGEN
PBRO. ANGEL GASTELU
JOSE LEZAMA LIMA

*Cuaderno
de lo
Bello con Dios*

No. III. NOVBRE. 1942
L A H A B A N A



Marcelo:
¡Dulce instrumento!

Fenijardo:
Advierte.

Marcelo:
*No he visto siete cañas tan sonoras,
Ni a tanta costa unidas;
Dime: ¿Aquesas labores son de cera?*

BERNARDO SOTO DE ROJAS

La Sustancia Adherente

SI dejásemos descansar nuestros brazos por un bienio dentro del mar se apuntalaría la dureza de la piel hasta frisar con el más grande y noble de los animales y con el monstruo que acude a sopa y a pan. Toscas jabonaduras con tegumento del equino. Masticar un cangrejo y exhalarlo por la punta de los dedos al tocar el piano. Calidades que acuden y son rechazadas con lentitud, con desagrado y corrección. Con asco celeste. Con celestial desdén por la liviandad y el cuño errante y peregrino, el brazo sumergido dignifica sus calambres y su blanco ausente; soporta el sueño de las mareas primero, y las miserables joyas que van taladrando su carne hasta quedar bendecidas por un róseo rocío doblador, para hacer tal vez con ellas una región de arenas como ojos, donde la pinza hueca, el pie vergonzoso son transportados con natural ligereza de aire espesado por luz dura de plata. El brazo sumergido al convertirse en un aposento de centraciones y burbujas, indócil giba para los resueltos soplones, se ve rondada por el insecto como punto que vuela; mientras el caracol como instante punto, frenético pero lentísimo, se incrusta en aquella porción, carne y tierra, batida con maestra artesanía por los renovados números del oleaje. Así aquel fragmento sumergido, asegurado por la paz probatoria, es devuelto por eco y reflujo, en misterio sobrehumano, blanquísimo. Al pasar los años, el brazo sumergido no se convierte en árbol marino; por el contrario, devuelve una estatua mayor, de improbable cuerpo tocable, cuerpo semejante para ese brazo sumergido. Lentísimo como de la vida al sueño; como del sueño a la vida, blanquísimo.

LOS DIRECTORES

La Hermana de los Angeles

(FRAGMENTO)

*A*LLA en las florestas de la Louisiana,
mecido en el bambú y las largas lianas,
habiendo roto la yema de oro el sol madurado,
sale de las flores el relámpago colibrí;
una esmeralda corona su deliciosa cabeza.
Sus alas en los hombros extienden el manto,
la coraza de azur guarnece su joven corazón.
Para luchar en el aire el pájaro parte ya vencedor...
Pasea por los prados vecinos de la luz
sus plumas de coral que temen la Potestad.
En su Abril salvaje florece el ramaje
y el ardiente viajero contempla la palmera.
La llanura de los perfumes quedó abandonada.
Pasa ambicioso del arce a la alcea
y de todos los festines inicia los manteles,
ya en la frente de la palma o en los brazos del ciprés.
Pero el bosque es muy grande para sus alas nacientes
y las flores de la Virgen de estos parajes se ausentan.
Por la verde pradera él desciende buscando.
Los cazadores de serpientes, maestros del ocultarse,
están menos asombrados que cuando contemplan el árido bosque.
El jazmín de la Florida, por los contornos silenciosos persiguen,
la breve flor sin amigo al fondo de su casta prisión
y la fresa arropada por la yerba más fina.
Así Eloa fuerte desde su nacimiento,
de sus argentadas alas ejercita el vigor,
eleva la blanca voz donde los inmortales fuegos
brillan a los pies de Dios, como la multitud ante el altar;
rápida se balancea entre dos jóvenes planetas,
rápida se posa sobre la frente de los cometas;
a fin de descubrir los seres nacidos lejanos,
visita solitaria el fondo de los cielos inferiores.

El eter tiene sus grados de una inmensa grandeza,
hasta la eterna sombra donde el caos comienza.
Tan pronto el Angel huye al sinfín del azur,
cúpula de zafiros que llena la Trinidad,
encuentra un aire menos puro, escápanse las nubes,
condénsase vapores, serpentea el encono del viento,
como una guardia azul, pues la profundidad
del aire que Dios respira, es para nosotros lo ardiente.
Cerca de nuestros soles y de las atmósferas,
el espacio está desierto, triste, oscuro y surcado
por un negro torbellino de lentas cadenas.
Un día dudoso y pálido se aclara en vano el asombro.
Allí está el caos y la desconocida noche,
y cuando un viento de fuego mece su seno profundo,
asoma el vacío impalpable y sin fondo.

Jamás los Espíritus puros, hijos de la luz,
de las tres regiones no alcanzan la última,
y jamás se ofusca ningún Serafín
en estos confusos grados del fin del Infierno.
Aun los Querubines, tan fuertes y tan fieles,
temen que el aire impuro no huya de sus alas
y que sean forzados en peligroso vuelo
a caer al fondo del Caos tenebroso
¿Qué sería de ese exilado indefenso?
De la risa de los demonios la inacabable ofensa,
sus palabras, sus bufos, lenta y cruel afrenta;
hacen besar sus ojos, enrojecer su frente.
En tan decisivo peligro solo podrá oír
algún canto de abandono, triste y voluptuoso;
alguna queja del cielo, dolorosa leyenda
dicha por la dulce voz de un ángel desgraciado.
Y aún escuchándole un oído esperado,
podría olvidar la patria celeste,
alegría en la noche y en una amistad
que anudase la piedad y el canto.
Ascendiendo en la única bóveda más azulada,
ofrece a la luz que se dora y sorprende,
el oleaje de sus cabellos esparcidos y en sombras,
las alas sin colores, brazos, el metálico cuello,
la frente mortecina inscripta de rasgos innombrados,
entre las otras frentes serenas de las turbas de nieblas;
los ojos movidos de un llanto visible
y los pies eternamente negros por el fuego pestífero
He ahí porque siempre prudentes y sabios,
los ángeles temen el paraje sombrío.

Sin embargo, es allí, sobre el sombrío vapor,
que la Virgen Eloa reposa sin miedo.
Levemente se turba al ver su poderío
y los novedosos beneficios causados por su presencia.
Parecen consolarse los mundos castigados.
Las esferas detiénense para oírle volar.
Si alcanza los nuevos caminos
y toca una de las plumas de sus alas,
entonces la amargura se silencia y espera;
los rivales se abrazan con dulce sorpresa;
caen olvidados del rencor los cuchillos;
el cautivo sonriente marcha solo y no está encadenado;
el criminal entra de nuevo en el templo de la costumbre;
el proscrito se sienta en el palacio de su Rey;
el inquieto insomnio abandona su presa.
Cesan las lágrimas constantes, corren las lágrimas alegres.
Y sorprendidos de una dicha rara entre los mortales,
los amantes separados se unen ante el altar.

ALFRED DE VIGNY

Escrito el poema en 1823, en los Vosges.

(Traducción de J. L. L.)

Poema

Es un canto mío lo que redime mi pensamiento
y yo no pretendo erguirme, porque huyo,
¡Oh diatriba!
hasta de los corceles que socorren para la liberación.
Dardo y luz en palabras semejantes,
en hastíos acabados,
en miserias que no se lamen como las llagas de la pobreza.
No será en mi cuerpo
donde busque los gemidos para la contricción.
Tampoco será en mi corazón
y menos en la médula de la nieve que lo agota.
Mi llanto,
mi plañir verdadero,
la congoja que surja clara y dolorida,
dulce y punzante,
tendrá su fuente en una faz desconocida de mi memoria,
de mi razón,
y más que todo, de mi tormento.

Mis pies se continúan en raíces
que escarban el sol de mi antípoda,
pero estoy negado,
no ya para la luz,
para la sombra tranquila
o para la lluvia concentrada en una noche
sino para el encanto libre del curso amoroso,
para la entrega inocente en la criatura imaginada
y para la razón vuelta naturaleza en la tranquilidad cotidiana.

En escoria diminuta surge mi pensamiento,
en cristales azogados por estrellas diluídas de una ósmosis implacable.
No hay más que impudicia,
resolución afiebrada de martirio
y trueque determinado de mariposas sin alas.

En un torrente de cierzo,
de alboradas, de años, de ocaso y de desiertos,
arguyo con sabor tenebroso frente a un mundo enemigo,
que en su lucha inesperada y sin pausa,
me incorpora a su nada escueta,
a su ser madurado en desapariciones.

Sé que no hay motivos para entorpecer los radios de la noche,
que la amplitud descansa en dimensiones prohibidas a los dedos,
pero un solo instante de la madrugada
se me torna acero, se me vuelve frío, hiedra, insulto, ira, escándalo,
(locura y día.

EFRAIN TOMAS BO

Espiga Alta de Siempre

PENSE atrás decir este caso que diré, y olvidóseme, como cuando del coso se escapó algún toro para correrse otra vez, y este cuento es de lo que pasa los días de San Marcos cada año, en un lugar que se llama las Brozas, tierra de Alcántara.

En aquel lugar, teniendo alguno algún espantable y temeroso toro, y que de fiero no se pueden con él averiguar, dásele a la Iglesia. Llegando el día de San Marcos, a la víspera de él, va el mayordomo a esos montes por él, donde no le para hombre que vea, y llegado en su asnillo ante el embajador de San Marcos, le dice:

—Marcos, amigo, ven conmigo a las Brozas, que de parte de San Marcos te llamo para su fiesta.

El toro luego deja sus pastos, y manso vase delante de él, entra a las vísperas en la iglesia como un cordero manso, y pónenle en los cuernos rosas y guirnalda las mujeres; y sin hacer mal a nadie, sálese acabadas las vísperas al campo allí cerca. Otro día va en la procesión, suelto entre la gente, y pasa por un arco del claustro, tan estrecho que ha menester para pasar ladear los cuernos, y esto sin que se lo diga nadie, y toda la misa se está en pie, delante de las gradas del altar mayor, y acabada de alzar la hostia postrera y de consumir alguna vez, sálese de la iglesia a todo correr, como muchacho de la escuela, y vase por esos montes y jarales, volviendo a su braveza natural.

LUIS ZAPATA DE CHAVES,

Señor de Gehel (1526-1695). MISCELÁNEA.

POR la tinaja entendían la luna, porque ésta preside al agua, significada por la tinaja. Y por la vieja, entendían el mundo, porque los engaños y embustes del mundo no pueden tener mejor imagen y dibujo que una vieja hechicera. También entonces entendí un refrán que dice: “La águila enseña a vivir sin mengua”, y creo quiere decir que como el águila, cuando se remoja, se despide de ser vieja, puédese decir que cuanto más desecha la vejez, desecha menguas, que están avinculadas al estado de la senectud femenina, a lo menos cuanto a la significación jeroglífica.

LA PICARA JUSTINA (1605)

A la Frialdad

I

EL sueño que se apresura
no es el mismo que revierte.
La muerte cuando es la muerte,
pierde la boca madura.

La esencia que no se advierte
suele ser la más impura.
El amarillo en la muerte,
seda es contra natura.

Ser en el ser desafía
a la unidad mensajera
que de si mismo se fía

y solo un rumor desaltera.
Cuando el fruto está vecino
la mano yerra sin tino.

II

Disperso, suave y atado,
haciendo un fugaz saludo
al ángulo del desnudo
techo, frío y aprisionado.

Al saludar lo pensado,
colmo sutil del menudo
río que fué elaborado
por un triton barbudo.

Olvido de la corriente,
esencia del sacrificio
y candelas de la orilla.

Cuerpo que se mancilla
ya con el nuevo artificio:
ausente, no estás ausente.

III

Sigo una voz, desconcierta;
si una huella, me revela
que la mansión más incierta
no es la que de noche vela.

Banal idea no recela
de la nube, la incierta,
fácil onda no se hiela
porque busque boca yerta.

Paradoja sonreída:
la pasión hecha jauría
quiere ser siempre vencida.

La serpiente es mano alzada.
Corona del desvarío,
mano en la mano ocultada.

IV

Entre la flecha y el punto
el insecto bordonea.
El arco del cejijunto
crea paréntesis, crea.

La lluvia, que no es conjunto,
arco y violín puntea.
Cuando la escala está en punto
el reloj suave gotea.

Siento que no me siento;
borro, y hostiga la nada.
Frente a la muralla el ojo

traza la ciudad cansada.
Rasgada flecha o rastrojo
suman un solo lamento.

V

Caída la hoja miro,
ya que tu olvido decrece
la calidad del suspiro
que firme en la voz se mece.

La sombra de tu retiro
no a la noche pertenece,
si insisto y la sombra admiro
tu ausencia no viene y acrece.

La sustancia del vacío
solo halla su concierto
elaborando el desvelo

que presagia el cuerpo yerto.
Diosa perdida en el cielo,
yo con el cuerpo porfio.

VI

Si ya el que ayer adivina
lo que sin signo previene,
el aire no desafina,
leve crepúsculo viene.

Las chispas que arremolina
el aire que lento adviene,
detrás de la oreja afina,
sierpe el oído deviene.

Perdida en mar de tintero
la sirenita si yace
aprisiona solo huellas.

Tirando del instantero
dormida abeja ya pace
el árbol de las estrellas.

VII

Si interrumpe la amargura
el jardín desarreglado,
la pausa es la hoja impura
entre el soplo y el nevado.

Ya la curva del granado
no aprisiona propia hondura;
la ceja del alterado,
metamorfosis impura.

Los cambios del remolino
en el ojo no es el celo
del gamo que está de fuga.

Que si depura el desvelo
el último punto enjuga
madriguera del mohino.

VIII

Cuerpo desnudo en la barca.
Pez duerme junto al desnudo
que huido del cuerpo vierte
un nuevo punto plateado.

Entre el bosque y el punto
estática barca exhala.
Tiembla en mi cuello la brisa
y en el ave se evaporaba.

El imán entre las hojas
teje una doble corona.
Solo una rama caída.

Ilesa la barca escoge
el árbol que rememora
sueño de sierpe a la sombra.

JOSE LEZAMA LIMA



Guache, *Amelia Peláez*.